

Halliday, Michael Alexander Kirkwood (2016)
Aspects of language and learning

BERLÍN, HEIDELBERG

SPRINGER

ISBN 978-3-662-47820-2

149 PÁGS.

La presente obra recopila una serie de clases magistrales impartidas por M. A. K. Halliday allá por el 1986 en la National University of Singapore. Estos manuscritos habían quedado almacenados y no parecía que fueran jamás a ver la luz, tal y como, en un principio, había planeado hacía tiempo este autor. Finalmente, su editor y sus compañeros, considerando el valor de estos documentos, deciden ofrecerlos al público a través de la editorial alemana Springer reunidos en un único tomo. El profesor australobritánico advierte que no ha emprendido corrección o actualización alguna del contenido, hecho que atribuye a la falta de tiempo y fuerza, dejándolo tal y como estaba en su formato original. No obstante, realiza una breve contextualización de las distintas partes en las que se estructura su obra, a la espera de que los contenidos puedan servir de ayuda a quien esté intentando acercar el estudio del lenguaje a un público formado, si bien no especializado en lingüística.

El libro en sí se ubica en el marco de la lingüística sistémico-funcional (SFL en inglés), modelo desarrollado por Halliday y sus compañeros en la década de los sesenta del pasado siglo. De acuerdo con el citado modelo, se parte del supuesto de que, para poder comprender el lenguaje, es necesario comenzar con el sistema para luego relacionarlo con su estructura. Para nuestro autor, es fundamental observar el aspecto social de la lengua si se desea avanzar en la comprensión de la misma. En este sentido, la interacción entre los hablantes y la situación en la que estos se ubican son aspectos esenciales del análisis lingüístico. Así, estos factores juegan un papel determinante en el momento en que un niño comienza a dar sus primeros pasos —en lo que al habla se refiere—, adquiriendo y empleando simultáneamente la que se convertirá en su lengua materna o L1. Eso es algo ya observado previamente por otros teóricos como Vygotsky, para quien la formación de aquellos conceptos más espontáneos estaba directamente relacionada con el entorno próximo (lo que este autor denominaba como *zone of proximal development*)¹. Este enfoque sistémico-funcional de la lingüística propuesto por Halliday representa un punto y aparte para la investigación en años venideros.

La obra aquí reseñada se estructura en ocho capítulos: el primero sirve a modo de introducción a los seminarios posteriores, tratando acerca del

¹ Para más información acerca de este concepto, consúltase (en especial, el sexto capítulo) Vygotsky, Lev S. (1988, 3ª ed.): *Thought and Language*. Cambridge/Massachusetts/London/England: The MIT Press.

estudio del lenguaje y el aprendizaje del mismo en general, así como el estadio en el que se encuentra el niño antes de que pueda apreciarse adquisición alguna de L1, procediendo luego a analizar el desarrollo comunicativo que muestran los infantes a medida que interactúan con su familia y entorno. Entre los temas que van a tratarse a lo largo del libro se incluyen: (1) el ya mencionado desarrollo del niño hasta que adquiere una lengua; (2) la historia del lenguaje científico, concretamente en el caso de la lengua inglesa; (3) cómo el niño adquiere este tipo de lenguaje y se sirve del mismo para aprender; (4) la relación entre lenguaje, cultura y educación, y, por último, (5) una propuesta de visión lingüística acerca de la experiencia humana. Halliday ubica el lenguaje en el centro del análisis y solicita a sus espectadores que no desvíen su atención del mismo. De esta forma espera continuar progresando en el análisis del aprendizaje —observado desde el punto de vista lingüístico— y la evolución de aquél en el proceso de adquisición de conocimientos, ya desde el contexto educativo. A modo de ejemplo, expone el caso de Nigel, un niño del que dispone de observaciones desde sus nueve meses de edad. A través de los diversos fragmentos se contempla el desarrollo de un lenguaje con dos funciones específicas: una *ideacional*, cuyo objeto es permitir la reflexión acerca de eventos o del propio lenguaje, y otra *interpersonal*, de la que el niño se sirve para interactuar con su entorno y controlarlo. La adquisición de esta herramienta de doble cara es descrita, no obstante, como un proceso simultáneo desde el punto de vista del niño, pues éste va a aprender tanto a usar la lengua como a acercarse a otros conceptos a través del uso de la misma. El lenguaje se configura así como una vía para construir la experiencia del ser humano.

El segundo capítulo se centra en el código lingüístico específico de la ciencia, para lo que Halliday selecciona el inglés científico como ejemplo de partida, describiendo su evolución histórica, así como las características intrínsecas que manifiesta este subcódigo en particular. A lo largo del capítulo realiza un análisis de los aspectos más relevantes de este lenguaje, comenzando con textos de Geoffrey Chaucer, para continuar con Isaac Newton, Joseph Priestley y terminar con James Clark Maxwell. En el transcurso de dicho análisis, se puede apreciar cómo el inglés científico va evolucionando y volviéndose extremadamente específico, condensando su expresión al extremo. Es una vía de expresión caracterizada por un tipo de metáfora gramatical, claramente diferenciada de otras de tipo léxico como las que pueden encontrarse en el lenguaje literario. En este caso, además del empleo de otros recursos específicos, se concentra la expresión de procesos y eventos mediante nominalizaciones y cláusulas complejas. Toda esta conglomeración de sucesos tiene por objetivo el avance en el conocimiento, pues se presupone un hecho que ya ha sido completado, expresado mediante la mencionada metáfora gramatical, de forma que ya se puede entrar a considerar el siguiente paso. Si bien es cierto que, a través de estos recursos, puede centrarse la atención del receptor del texto en el proceso que viene a

continuación, al tiempo que se informa de una vez acerca del estado anterior, la comprensión de estas fórmulas exige estar en posesión de una serie de conocimientos previos acerca del tema tratado en el texto que se esté trabajando. De este modo, el lenguaje científico llega incluso a traicionar sus principios originales de claridad y univocidad para la transmisión del conocimiento, volviéndose en muchos casos demasiado ambiguo.

En el tercer capítulo, a partir de las bases sentadas en las dos primeras partes del volumen, se describe el paso que representa para el niño el salto a la escuela. Aquí llega con un protolenguaje y se sirve del mismo para avanzar en su perfeccionamiento de la L1, de la que va a recibir ahora una instrucción formal. En este punto se analiza, por un lado, cómo los niños logran asimilar el lenguaje que les imparten en la escuela y, por otro, de qué recursos disponen ya y pueden aplicar en el momento de emplear el lenguaje como vía de aprendizaje en las instituciones de formación temprana. Para concluir, se realiza una digresión a lo que finalmente constituirán los principios lingüísticos derivados de las observaciones de nuestro autor: que el lenguaje (1) se configura como un sistema de intercambio de información acerca de la experiencia; (2) que este lenguaje se basa en una gramática considerada icónica, pues ésta se encuentra estrechamente relacionada con la percepción de dicha experiencia; (3) que una parte de esta gramática se configura mediante palabras o referentes de clases organizadas en taxonomías; (4) que otra parte de dicha gramática queda conformada por los componentes semánticos ideacional, interpersonal y textual, los cuales pueden tener lugar simultáneamente; (5) que existen dos niveles de conceptualización, el general y el abstracto, siendo este último el que más tarde adquieren los niños, y, por último, aquellas nociones de las que se servirán los infantes para organizar sus experiencias, esto es, (6) la de similitud parcial, para organizar palabras, y (7) las relaciones lógico-semánticas, en el caso de procesos.

En el siguiente y cuarto capítulo, Halliday realiza una serie de apuntes acerca del lenguaje, la educación y la cultura desde el punto de vista del código lingüístico de las ciencias en inglés. Se profundiza en el tema de la lengua y el aprendizaje en la escuela primaria, poniendo especial atención en cómo aplican los niños su bagaje lingüístico preescolar para lidiar con el contexto educacional al que ahora se enfrentan, así como en el progreso de estos alumnos en función de cuatro puntos: (1) el nivel de alfabetización inicial, (2) los estilos y registros, (3) los principios del discurso científico y, por último, (4) el contraste entre lengua hablada y escrita. Halliday indica aquí que, para el adecuado desarrollo de las capacidades lingüísticas de los escolares, es necesario que, ya en la escuela primaria, se garantice que los alumnos sean capaces de emplear el lenguaje como vía de aprendizaje, pues es éste el requisito mínimo que se exige a los estudiantes en su paso a la siguiente etapa educativa. Para finalizar, nuestro autor recuerda la dicotomía entre lo escrito y lo hablado, e invita a los docentes a reflexionar sobre aquellos aspectos que se transmiten mejor utilizando la lengua escrita, mediante la que podrían impartirse aspectos estáticos, esto es, la experiencia

y el mundo en tanto que *existen*, y otros para los que el uso del habla sería más apropiado, es decir, los aspectos dinámicos, que no es que existan, sino que *ocurren*.

En el quinto capítulo, el foco se traslada a la enseñanza secundaria. A partir de los análisis anteriores acerca del aprendizaje y uso del lenguaje en el niño, las características del aprendizaje lingüístico en el sistema educativo temprano y el lenguaje científico, el teórico australobritánico realiza una interpretación lingüística acerca de la forma en que aprendemos y cómo aprendemos a aprender, ubicando el énfasis en el lenguaje en sí (“think linguistically”, cf. p. 74), reflexionando concretamente desde el punto de vista de la gramática, pues considera esta última como aquel sistema de elecciones que facilitan al emisor interpretar mensajes e interactuar con su entorno. En esta fase formativa, el alumno tiene que estar preparado para familiarizarse con el lenguaje específico de cada materia en particular, tarea que va a verse dificultada por la naturaleza metafórica —en el sentido de la metáfora gramatical observada anteriormente— y variable —tanto entre materias como entornos de aprendizaje— de estas clases de lenguaje. Aquí se introduce la concepción del código lingüístico como sistema de codificación de conocimiento y herramienta para avanzar en el aprendizaje de las diversas especialidades. Se destacan en este punto los conceptos de *campo*, *tenor* y *modo*, los cuales determinan el *contexto de la situación*, permitiendo entender los medios lingüísticos empleados en dicha situación, así como saber qué recursos serían los más adecuados para comunicarse en la misma. Finalmente, nuestro autor recomienda a todo profesor disponer de un mínimo de conocimientos acerca del lenguaje en el que se ubica su rama específica del conocimiento y el funcionamiento de dicho lenguaje, recordando así una antigua cita que indicaba que “todo profesor es profesor de lengua” (“[...] every teacher is a teacher of language”, cf. p. 90).

En el sexto capítulo, Halliday se ocupa de realizar un análisis contrastivo con numerosos ejemplos entre los idiomas inglés y chino (mandarín). Existen dos posturas clásicas en la comparación de lenguas: bien que las lenguas apenas difieren en su estructura superficial, bien que cada lengua, además de mostrar una configuración superficial característica, cuenta con formas particulares de expresar significado. Halliday se decide aquí por tomar el camino intermedio. A su ver, si bien existen diferencias semánticas evidentes entre todas las lenguas, estas últimas operan en el mismo espacio semiótico. Por esta razón, si se pretende avanzar en la comprensión de los lenguajes, será antes necesario explicar dicho espacio. De esto podríamos derivar la relevancia que cobran los aspectos relativos al marco concreto en el que se ubica una situación comunicativa y el contexto específico de la misma. Estos aspectos mencionados resultan asimismo fundamentales, no solo para la comprensión, sino también para la producción y el análisis adecuados de lenguaje, por lo que progresar en estas líneas repercute de forma positiva a la hora de, por ejemplo, educar e impartir lengua, ya sea materna o segunda y extranjera, e incluso en la traducción e interpretación de textos

y discursos. En cuanto a las diferencias que pueden observarse entre el inglés y el chino, este último, visto desde el punto de vista del inglés, cuenta con una taxonomía más rígida y se decanta por prestar más atención a los aspectos y estados de procesos —en qué estadio de completitud se encuentran—, mientras que en el primero, visto desde el chino, la clasificación de los términos no es tan explícita y se otorga más importancia al aspecto temporal. En todo caso, las estructuras en torno a las que se configuran tanto una lengua como la otra son solo formas de reaccionar ante una necesidad comunicativa, y ambas lenguas, a ritmos distintos, se han desarrollado de forma parecida. En el futuro prevé nuestro autor que tanto chino como inglés acabarán por responder de forma similar a los requerimientos impuestos por el progreso tecnológico de nuestra era actual. En definitiva, estas exigencias van a ser las mismas, por lo que resulta lógico pensar que los idiomas actuarán, como mínimo, de forma similar.

El penúltimo capítulo es una exposición acerca de la relación entre lenguaje y cultura. Ante el hecho evidente de que distintas culturas hablan diferentes idiomas, explica que es normal la aparición de incógnitas sobre, por ejemplo, cuál se originó en primer lugar, si la lengua o la cultura en la que se emplea. Nuestro autor indica, no obstante, que esta postura puede no resultar la más apropiada, en vista de la posibilidad de desviar nuestra atención hacia otros aspectos no tan relevantes, como las diferencias entre lenguas, en lugar de su relación con aquella cultura en la que sirven de medio para la comunicación, así como a entrar en el infinito debate acerca de cuál de las dos se originó antes y a asumir una supuesta existencia de pequeñas parcelas lingüísticas perfectamente equivalentes entre lenguas. Lo que realmente importa aquí, advierte Halliday, es que cada una de estas áreas ha de contextualizarse en el conjunto representado por la cultura en sí. El enfoque lingüístico actual arremete contra estas cuestiones considerando a la cultura como un conglomerado, más que de lenguas, de sistemas semióticos. En esta línea, la variación existente entre lenguas sería resultado del fenómeno de la adaptación lingüística, como en el caso de los diferentes tipos de inglés que se hablaban antiguamente entre los colonos británicos, según su asentamiento, y los que se hablan en la actualidad en lugares como Singapur. Este tipo de variación, insiste, no es sino de tipo funcional. Así, la diferencia producida en el uso de una lengua, esto es, el cambio, no solo de un idioma a otro, sino incluso entre los propios registros de uno de estos idiomas, viene condicionada por la acción o intención desarrollada en el momento de la comunicación.

La octava y última sección del libro sirve a modo de recapitulación de todas las charlas anteriores. Nada más comenzar, se vuelve a insistir en el hecho de que el estudiante, cuando aprende una asignatura, sin importar la que sea, lo que realmente hace es estudiar el lenguaje de ésta, entendido como el código específico que sirve para la codificación y transmisión del contenido de dicha asignatura. Halliday critica brevemente los vaivenes de la lingüística a lo largo de la historia, centrada, bien en el sistema —el legado

saussureano—, bien en el discurso, y expone la necesidad de combinar ambos enfoques para avanzar en el estudio del aprendizaje, pues se precisa conocer tanto el discurso, entendido como producto del uso lingüístico, y el sistema, es decir, el conjunto de herramientas que permite a los usuarios de la lengua no solo crear, sino también comprender un ente en continuo cambio y desarrollo como es el lenguaje. Por ello, este autor considera esencial poner el énfasis en el potencial de la gramática para crear significado, empleando el enfoque funcionalista a la hora de enseñar lengua, al tiempo que hace hincapié en la necesidad de que los alumnos sean conscientes de la existencia de varios registros de los que pueden servirse en el momento de tratar un tema determinado, sin importar lo especializado del mismo. Halliday interpreta la gramática como un sistema de recursos cuya importancia recae en la posibilidad de escoger entre todos ellos. Esto es, el hablante, mediante esta serie de recursos, puede seleccionar, no lo solo a nivel de significado, sino también a través de las palabras y estructuras que manifiestan dicho significado, aquello que quiere expresar. La gramática se observa aquí como un sistema de expresión en dos canales distintos: oral y escrito. La existencia de estas dos vías representa una gran suerte de cara al potencial de aprendizaje del alumno. Es por ello que resulta necesario motivar a los estudiantes para que empleen ambas y progresen en su conocimiento. Halliday concluye el epígrafe resumiendo tres aspectos derivados de los capítulos anteriores y que considera oportuno observar en el futuro: en primer lugar, la necesidad de que los estudiantes de la lengua adquieran la competencia de uso de los registros y del potencial para crear significado que estos encierran; en segundo, la evolución del lenguaje a la par que el conocimiento; y tercero, reconsiderar el papel de la lingüística en estas áreas y en su capacidad de sinergia con otros campos de estudio. Nuestro autor recuerda que se ha centrado específicamente en el área de la educación para tratar el lenguaje, mencionando brevemente otros posibles campos, como el de la lingüística clínica y la computacional, que por entonces no contaban con el grado de avance actual. Para finalizar, expresa su deseo de que en adelante se genere un mayor contacto entre lingüistas y especialistas de otras áreas científicas, lo que podría contribuir a facilitar el acceso al conocimiento encerrado tras los muros de cada materia, pues, en palabras del propio Halliday, el universo está constituido por lenguaje (“[...] the universe turns out to be made of language”, cf. p. 149).

La obra de M. A. K. Halliday, como se ha mencionado al principio de esta reseña, señala claramente a la corriente sistémico funcional, lo que hace que se preste una atención casi exclusiva al papel del lenguaje en uso y de sus funciones a la hora de hacer recomendaciones para su enseñanza. Si bien puede ser cierto, como el mismo autor indica, que de un enfoque funcional se derivaría una metodología más que efectiva para impartir gramática, es probable que, en el caso de las lenguas de especialidad, fuera necesario buscar un camino intermedio. Estos lenguajes, entre los que, a modo de ejemplo, se incluyen aquellas variantes como la de la medicina, la física

y las matemáticas, tienen una estructura perfectamente definida. El profesor australobritánico advierte que dichas variantes científicas funcionan como una especie de “metáforas del lenguaje”. De todas formas, no debe olvidarse que, en aquellos casos en los que el lenguaje científico resulta más críptico, es necesario disponer de ciertas nociones sobre el sistema codificador antes de poder llegar al contenido encerrado por sus figuras lingüísticas. Otro punto que deberíamos considerar acerca de este libro es el hecho de que no se ha actualizado de acuerdo al presente estado del conocimiento del campo, pues resulta curioso observar las predicciones del autor por aquel entonces sobre géneros textuales que acabarían por cobrar un carácter híbrido entre las formas oral y escrita.

En todo caso, lo mencionado en este último párrafo no merma en absoluto el interés de esta obra, que constituye una contribución más que significativa al campo de estudio de la lengua, especialmente en lo relacionado con su adquisición. Destaca aquí el esfuerzo por centrar la atención en la lengua como objeto y herramienta de aprendizaje al mismo tiempo. Este aspecto debería ser considerado, no solo en los estudios del lenguaje, sino en toda materia objeto de ser aprendida. Frente a las investigaciones llevadas a cabo hasta el momento, Halliday representa un punto de inflexión en el campo de la lingüística al poner de manifiesto el importante papel que representa la lengua para la vida del ser humano, siendo ésta el medio que le permite dar forma a su experiencia, a comunicarse y a poder descodificar las informaciones que le llegan de otros emisores. Todo ello ha traído de la mano avances importantes en las áreas y subáreas interrelacionadas con la lingüística, desde la ya mencionada enseñanza de lenguas hasta la traducción e interpretación, pasando por el propio procesamiento del lenguaje. Este último no es sino aquel instrumento tan natural al ser humano que éste siempre se sirve del mismo sin percatarse de ello. De forma análoga al alfarero que hace uso de sus manos para modelar el barro, de no disponer de un instrumento tan finamente desarrollado como la lengua que empleamos hoy en día, difícilmente podríamos acceder al conocimiento, fruto de años de evolución humana y puesto a nuestra disposición a través de los recursos codificadores del lenguaje.

BLANCA APARICIO LARRÁN
 Doctoranda en Lingüística
 Universidad de Cádiz
 Facultad de Filosofía y Letras
 Avda. Doctor Gómez Ulla, s/n
 11003 Cádiz (Cádiz)

Fecha de Recepción	23/03/2017
Fecha de Publicación	01/12/2017